

La delicada intuición del erotismo

Iván Ríos Gascón

Roland Barthes dijo que “el tacto es el más desmitificador de los sentidos, al contrario de la vista, que es el más mágico”, y Ana Clavel inicia su novela *Las violetas son flores del deseo*, con esta línea emblemática: “La violación comienza por la mirada”, un atisbo, una señal, la conjetura o la sospecha de quien observa al ser apetecido pero, también, de quien se sabe o se percibe contemplado, pues la atracción y la violencia transgresora, como todo intercambio simbólico, surgen de la complicidad.

El tacto es el más desmitificador de los sentidos, sí, porque las caricias no tienen dimensión. Sutiles, ásperos, fugitivos o perennes, los roces llevan la condena de una ínfima memoria ya que el cuerpo cambia, se transforma, finalmente se desgasta. Quizá es por ello que Julián Mercader, el protagonista de *Las violetas son flores del deseo*, decide sublimar la voluptuosidad que siente por su hija, fabricando muñecas púberes que con el paso del tiempo, condensarán las fantasías de muchos hombres como él, anónimos e invisibles, cuyos deseos sólo se mencionan en las cualidades que deben poseer esas niñas de epidermis y aroma artificial, criaturas que permanecen en una edad inalterable, siempre dispuestas a la oscura complacencia de sus amos: una muñeca es signo, sustancia de utopía. Una muñeca es el objeto de las ilusiones poliformes.

Siguiendo estas premisas, Ana Clavel desteje una historia de ensueños, nostalgia, arrobamiento y penas compartidas. Un relato donde los ojos representan el elemento activo de la dulzura, la perversión y el desconcierto tumultuario de la imagen, porque Julián Mercader, ese artesano de figuras virginales, transita por las diversas coordenadas del encanto y sus misterios.

Admirador del fotógrafo alemán Hans Bellmer (autor de “La muñeca”, una quimera de 1.4 metros que protagonizó una serie de instantáneas salvajemente seductoras), amigo por correspondencia del escritor uruguayo Felisberto Hernández y reflejo consciente de Tántalo y sus apremios imposibles, Mercader revela un escenario de espejismos, paradójicamente iluminado por la ausencia de Violeta, su hija y modelo inspirador de las nínfulas en serie, donde la imaginación reúne las piezas del incesto, la melancolía, la insatisfacción.

“Para que dos se condenen basta una mirada. Para que se reconozcan y se palpen, para que sepan santo y seña, para que dialoguen, acallen, vociferen en el idioma sin palabras del pecado. Para que lo compartan con ese lazo indisoluble e irrenunciable de la culpa gloriosa, la que proviene del pozo sin fondo del deseo que sólo es hambre e instinto. Una mirada sola. No hace falta más. Para perderse y –¿por qué no reconocerlo de una vez?– también para salvarse, irrevocablemente”, escribe Ana Clavel en las reflexiones de Julián, para explicar la pesada sombra de la comunión eternamente postergada, aquel encuentro entre padre e hija que diluye lazos de piel y sangre porque quiere fusionarse en el abrazo y los colores genitales, un lienzo que, al fin y al cabo, adquiere movimiento con las pinceladas de cada muñeca que Mercader procrea en su taller: Violeta no es inasequible, retoña en el molde que alumbró a su creador, como una metafórica matriz del goce, la esperanza y el delirio.

Así, en *Las violetas...* todo se transforma en huellas, ecos y extrañas apariencias que la magnífica prosa de Ana Clavel desteje en el breve y opresivo espacio que habitan Mercader, Violeta, Klaus Wagner (su socio y tutor en el aprendizaje lúbrico y artesanal con las muñecas), su cuñada Isabel, la perfumista Clara, Horacio Hernández (o *Felisberto*) un raro e interesante hombrecillo que se autoproclama un mítico escritor, y una nebulosa

congregación denominada la Hermandad de la Luz Eterna, dedicada a extinguir las perversiones y los anhelos clandestinos.

“¿Qué piensa una muñeca cuando le haces el amor? ¿Acaso su carne dormida no soñará que es en verdad una muchacha? ¿Y su aroma, esa suerte de marejada que se desprendía en el momento más íntimo como una última exhalación, no era acaso otra señal de su absoluta entrega, del placer que ella también encontraba al ser sometida?”, plantea Julián durante el proceso germinal de una de sus niñas, pero quizás esta pregunta sólo pueda responderla Etienne Milan, personaje *La gota de oro*, de Michel Tournier, para el que los maniqués representaban la corte inanimada de un artista que, hastiado de la subyugante singularidad, halla el consuelo en la repetición serial de los hombres de yeso.

Poética, estremecedora y sutilmente iconoclasta, *Las violetas...* es una novela que explora con astucia magistral, el universo de los apetitos carnales, sus cumbres y planicies, como una panorámica donde es posible advertir la mirada de Löti, Mandiargues, Tournier y Pascal Bruckner, autores con los que Ana Clavel comparte la delicada intuición del erotismo, tema básico en su obra: *Paraísos trémulos*, *Los deseos y su sombra*, *Cuerpo náufrago* y *Las violetas son flores del deseo* (Premio Juan Rulfo de novela corta 2005 de Radio Francia Internacional), componen un cuarteto narrativo donde la sensualidad y la expiación, desbordan las palabras de una de las escritoras más brillantes de la literatura nacional.

Ana Clavel

Las violetas son flores del deseo

Alfaguara, 2007, 135 páginas